

lector estadounidense y por ello aparecen largas descripciones que pueden ser obvias para un público mexicano, por ejemplo, en el aspecto de las bodas. Sin embargo, creo que más importante que esto, es su limitado alcance histórico. La aristocracia es un grupo que se alimenta y vive del pasado y esto se echa de menos en la obra. El autor hubiera podido construir un puente explicativo entre el pasado y el presente al responder cuestiones como la edad del matrimonio de los nobles coloniales y los actuales que parece ser la misma, el número de hijos, la endogamia, la actitud religiosa y tantos otros temas que, se antoja, pudieron haber sido respondidos en una perspectiva histórica más amplia. Al mismo tiempo, hace falta precisar con claridad la muestra de familias analizadas en su encuesta, lo cual lleva a las dudas planteadas con anterioridad: ¿en verdad pierden su poder aristocrático hasta la segunda mitad del siglo xx o ya lo habían perdido durante el Porfiriato con el arribo de la tecnocracia científica? ¿Cómo forman sus alianzas con la naciente burguesía del Porfiriato y sus alianzas investigadoras sociales en la época de los liberales? ¿Cómo responden en la época de la tecnocracia? Sólo por citar algunos trabajos publicados por el Fondo de Cultura Económica de Diana Balmori y Stuart Voss, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Lati-*

na, que se inserta en esta perspectiva social, pero que no alcanza a estudiar a este importante sector de la aristocracia.

ALEJANDRO TORTOLERO
VILLASEÑOR* Universidad
Autónoma Metropolitana-
Iztapalapa

D. R. © Alejandro Tortolero Villaseñor,
México D.F.,

enero-junio, 2006.

• • • • •

Erika Pani, *El Segundo Imperio. Pasado de usos múltiples*, México, Centro de Investigación y Docencia Económica A.C./Fondo de Cultura Económica, 2004, Colección Herramientas para la Historia.

La investigación realizada por Erika Pani presenta un análisis acerca de la historiografía del Segundo Imperio mediante nuevas perspectivas y enfoques. Esto es más relevante porque son pocos los estudios de análisis historiográfico que se han realizado sobre esta época siendo, tal vez, el de mayor trascendencia el libro de Martín Quirarte, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*.

• • • • •

* atv@xanum.uam.mx

Pani retoma el estudio sobre ese periodo y refiere que la importancia de este nuevo trabajo radica en la presentación novedosa de lo escrito acerca del imperio de Maximiliano. Considera

[...] que una nueva historia de las historias del Imperio puede ser fecunda e ilustrativa [...] por representar un medio de acceso privilegiado a las formas en que los hombres de una época imaginaban a México y a los mexicanos, en que pensaban el pasado, y las maneras en que comprendían la historia y su función. (p. 20)

La obra se acerca a los trabajos elaborados casi al momento de los hechos y presenta lo más reciente que se ha escrito, es decir, remite a investigaciones del año 2004.

En la forma de analizar este tema, la autora realiza un acercamiento a las obras más representativas de acuerdo con los temas en que ella divide este estudio y que le dan título a cada uno de los capítulos del mismo, los cuales se relacionan entre sí, al igual que los materiales que presenta para cada uno de estos apartados.

Considero que la importancia del libro de Pani radica —además de la forma de presentar el tema de estudio— en que se le puede considerar una continuidad de su trabajo anterior, *Para mexicanizar el Segundo Imperio*, incluso la autora señala que, a partir de esa publicación surgió la idea de elaborar

una aproximación a la historiografía del Segundo Imperio.

La autora divide su libro en cuatro capítulos. En el primer apartado, “El imperio de los que lo vivieron (1862-1917)” (pp. 29-54), entrega una visión del imperio de Maximiliano a partir de los trabajos escritos, cercanos en el tiempo, al momento del fusilamiento del príncipe austriaco. Estos textos fueron elaborados por autores, tanto extranjeros como nacionales, y en ellos se advierte que cada uno tenía una idea o razón para escribir acerca del malogrado imperio mexicano. La mayoría de los escritores extranjeros subrayaron los horrores cometidos por un pueblo de bárbaros, capaces de asesinar a quien traía la civilización, la paz y el progreso. Por otro lado, en el bando de los escritores nacionales, existieron dos posturas, la liberal, que mediante sus escritos buscaba justificar su actuación apoyándose en la idea de la salvación de la Patria y de la República como forma de gobierno, y la postura monarquista-conservadora, poco importante en realidad, pero encaminada también, a argumentar sus acciones para demostrar que no eran traidores y sí, muy a su manera, defensores de la nación.

Varios textos de los autores extranjeros suscitaron acaloradas discusiones, incluso entre los nacionales. Algunos trabajos condenaron el asesinato del archiduque por lo cual muchos protagonistas se sintieron obligados a desmentir lo que consideraban ataques infundados. Los primeros trabajos publicados, aun en plena lucha, fueron las

Revistas de José María Iglesias. Después vinieron los textos de los republicanos encaminados a dar su perspectiva de los hechos. Pero de acuerdo con Pani, el trabajo de Iglesias sentó el tono de lo que iba a ser la verdad oficial del imperio, es decir, que éste fue impuesto desde Europa por Francia con la colaboración de los monarquistas mexicanos traidores de su patria. Por otra parte, pocos en realidad, fueron los trabajos escritos por el grupo conservador; entre los más destacados están los libros de los ministros Francisco de Paula y Arrangoiz y José Manuel Hidalgo. Estos hombres de bien trataron de justificar sus actos, incluso Arrangoiz llegó a culpar del fracaso imperial a Maximiliano y al general Bazaine por querer gobernar a México desde París y a la francesa. Con estas ideas buscaban eximir de toda responsabilidad al grupo conservador.

En el capítulo segundo, “Escribiendo historia, haciendo patria. El Imperio y la versión ‘oficial’ (1867-1906)” (pp. 55-88), Pani muestra cómo fue concebida la historia nacional hacia finales del siglo XIX, y en particular durante el Porfiriato. La historia debía enseñar a los mexicanos un pasado común, pero además, tenía que mostrar cómo la idea republicana se había consolidado. De esta manera, la intervención y el imperio o, más bien, la lucha en su contra, representaron una piedra angular dentro de la construcción de la historia patria. Por esta situación, la historia debía asentar verdades comprobables y desapasionadas, a la vez que creaba una identidad nacional. Para los que exalta-

ron el triunfo de la República, la victoria sobre el proyecto napoleónico y monárquico se convirtió en una segunda guerra de independencia. En este periodo, destacan obras como *México a través de los siglos*, trabajo colectivo coordinado por el general Vicente Riva Palacio y *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra. Estos trabajos cumplieron con el objetivo planteado: crear una visión nacional que hasta la actualidad persiste en la historiografía. Como Pani señala, los historiadores liberales recurrieron a la construcción de una visión retrospectiva del pasado a sabiendas del resultado final. Su estrategia fue tan exitosa que la historiografía actual aún no logra deshacerse de su influencia.

En el tercer apartado, “El Imperio visto por el siglo XX” (pp. 89-102), se analiza lo escrito acerca del Imperio de Maximiliano a lo largo del siglo XX. Partiendo del periodo posrevolucionario, la autora se remonta al momento en que los revolucionarios retomaron la historia liberal triunfalista, con la salvedad de dejar fuera al Porfiriato. Se proclamaron herederos de esa lucha coronada por la gesta revolucionaria de 1910. Por tanto, para los historiadores de las primeras décadas del siglo pasado seguía siendo satisfactoria la imagen del imperio como ajeno, ridículo y absolutamente inviable, lo cual lo mantuvo al margen de la indagación histórica. Hasta la década de 1960 se produjeron una serie de volúmenes conmemorativos por el centenario del triunfo de la República, los cuales volvieron a traer a la

palestra el tema del Segundo Imperio, a estas publicaciones se unió la edición o reedición de una serie de textos de la época. Aunque Pani señala que, acercarse al imperio resultaba más fácil, sólo autores como José C. Valdés y Gastón García Cantú realizaron obras extensas sobre el tema. Incluso, la autora refiere que las diversas corrientes historiográficas en boga vieron con poco interés este tema de estudio. Por ejemplo, para los marxistas, esa época se inscribía en lo meramente político y totalmente superestructural. Para los discípulos de los *Annales*, el tema era ajeno a los procesos de larga duración, sólo había durado tres años.

Por otro lado, algunas editoriales consideraron que la historia oficial burlaba y agredía al verdadero México, profunda y unidimensionalmente católico. Las editoriales Jus y Tradición —esta última escribía Méjico con ‘j’— iniciaron, a partir de la década de 1950, una serie de publicaciones encaminadas a desmentir a la historia oficial. La editorial Jus publicó una colección llamada *México histórico* con la cual buscaba romper con el panteón que celebraba el régimen. De esta forma, la historiografía de mediados del siglo xx muestra una lucha entre aquellos que mantenían la historiografía liberal como base de la identidad nacional y los que buscaban recobrar los valores del conservadurismo atacando de un modo feroz a los primeros, pero ni unos ni otros lograron profundizar en lo medular del Segundo Imperio.

En el cuarto capítulo, “Nuevos derroteros: para normalizar la historia del Segundo Imperio” (pp. 103-124), la autora señala nuevos rumbos para la investigación. La primera obra a la que hace referencia es de Egon Caesar Conte Corti titulada simplemente *Maximiliano y Carlota* (1944), la cual es considerada por muchos especialistas como una de las mejores acerca del imperio. Varios autores europeos y estadounidenses se han ocupado también de este tema. En los últimos años destacan trabajos como los de Konrad Ratz, Alfred Jackson y Kathryn A. Hanna, entre otros. Pani señala que le interesa destacar más los trabajos realizados por mexicanos, en especial aquellos que consideran que el imperio es parte del desarrollo histórico nacional y debe ser estudiado con ecuanimidad. Un periodo igual que cualquier otro, de continuidades y rupturas, que abre perspectivas acerca de las características y naturaleza del régimen imperial. De esta manera, varios historiadores han analizado problemáticas que no pueden perder importancia cuando se estudian los años del imperio como serían:

Los esfuerzos y pugnas por organizar el territorio mexicano; las estrategias y posturas de comunidades rurales y urbanas [...]; las pautas de la complicada construcción de relaciones entre autoridades y población [...]; las múltiples aristas de la compleja “cuestión religiosa” [etcétera]. (p. 111)

De este último punto, por ejemplo, se encarga Patricia Galeana en su trabajo titulado *Las relaciones Iglesia-Estado en el Segundo Imperio*. También se hace referencia a otras autoras como Antonia Pi-Suñer, Leonor Ludlow y la misma Erika Pani quienes han publicado artículos acerca del imperio en diversas revistas especializadas.

De esta forma, la autora refuerza su idea de que los años del imperio están firmemente insertados en la historia de México, ya que se trata de un periodo de continuidades y cambios que permiten vislumbrar los proyectos políticos y sociales de los grupos que pugnan por el poder. Por tanto y por lo revisado, el Segundo Imperio contribuyó a la construcción y consolidación del Estado-nación moderno, en México, por medio de sus políticas administrativas, legislativas y gubernativas.

Al final de su trabajo la autora presenta una amplia bibliografía acerca del Segundo Imperio y la intervención, en donde los textos clave para su estudio “están señalados con un balazo”. Divide esta bibliografía en 16 temas que son: documentos, diarios, alocuciones, folletos y memorias de la época; historia económica; historia política; historia social e indigenismo; historia militar; historia diplomática; el imperio como tema de creación artística; ciencia, cultura, arte, prensa, educación, cultura popular, vida cotidiana; entidades y regiones; biografías; Querétaro y el fin del imperio. Juicio y ejecución de Maximiliano; historiografía; Iglesia; administración pública y legislación; polémica Bulnes y, por último, Juárez ante el Segundo Imperio.

Puede concluirse, en concordancia con Erika Pani, que el Segundo Imperio es un tema de la historia de México del cual falta mucho por revisar, profundizar en muchos detalles o aspectos acerca del mismo. De la misma manera, me parece muy sugerente la bibliografía planteada por la autora, ya que de ahí se pueden extraer los materiales suficientes para elaborar buenos trabajos de investigación que amplíen la visión respecto al imperio de Maximiliano. La autora también presenta varias formas o enfoques de cómo se ha analizado este tema, lo cual sugiere nuevas maneras de afrontar el estudio de este periodo tan importante en la historia del país. Quizá el único problema al que pudiera enfrentarse el estudio de Pani sería la aparición de nuevos trabajos en relación con este periodo. Esta situación, por un lado, lo rebasaría muy pronto, pero por otro, motivaría a una constante actualización de los estudios historiográficos acerca del imperio de Maximiliano.

TOMÁS RIVAS GÓMEZ*
Universidad Autónoma Metropolitana-
Iztapalapa

D. R. © Tomás Rivas Gómez, México D.F., enero-junio, 2006.

• • • • •

* trivasg@yahoo.com